

Mi pantera criminal

Sacchi-De Santo

Testimonio 1. Carola Peralta Ramos.

Mar del Plata, 12 de diciembre de 1992.

Carola Peralta Ramos levemente sudada, con un vestidito negro por encima de las rodillas, aguarda sentada con las manos sobre la mesa austera. Está sola. Una luz frontal la enceguece y los acrílicos la mantienen separada de cualquier contacto humano. Del otro lado de una puerta giratoria, dos mujeres, mediante un intercomunicador, le hacen preguntas.

Carola: ¿Pero me está acusando?

Intercomunicador 1: Proceda

Carola: No puedo

Intercomunicador 1: Podemos pasar toda la noche si Ud., lo desea.

Carola: ¿Con quién hablo?

Intercomunicador 1: Refiera a los hechos, por favor.

Carola: Yo sólo venía de sacarme una foto al pie del lobo marino. Ya sabe. La típica foto. Me había maquillado y todo.

Intercomunicador 1: ¿quién le tomó la foto?

Carola: ¡Ud me pide que hable pero no me deja hablar! ¡Cómo quiere que hable si me interrumpe todo el tiempo!

Intercomunicador 1: ¿Esto la enoja?

Carola: ¡¿Ud., es idiota?! ¿¿Cómo me pregunta si estoy enojada?! ¿Enojada? A Ud. quien mierda la mandó. ¡¡¡Pero por favor!!! Llame a sus superiores. Llámelos y ahora, hágame el favor. No voy a hablar con una proto-policía. Con un pichón de detective. Yo conozco muy bien mis derechos. Y se muy bien lo que no me pueden hacer. Y esto señoras, es re-

victimización (*respira*). Voy a contar una única vez lo sucedido. Una. Única. Y más le vale que hagan lo que necesiten porque no tendrán otro testimonio de esta boca. ¿Me entendió?

Silencio

Carola: ¿Me entendió?

Intercomunicador 1: Esto la implica emocionalmente, parece. ¿Conocía a la occisa?. Responda, por favor.

Carola: ¿Que si me implica? Acabo de ver una cosa. Un disfraz. Un fiambre ahogado vestido con mis propias ropas ¿y usted me pregunta si me implica?. Sabe qué. No voy a decir una palabra más. (*Se cruza de brazos*). Llame a un abogado. Si quiere algo de mí, llame al abogado de mi familia. No pienso hablar. No cuentan conmigo hasta que no haya profesionales en este sector. Comisaría de cuarta....son todos iguales ustedes, qué se piensan que son...Llame al abogado de mi familia, el Doctor Sanchez Thompson, llámelo y ya veremos (*irónica*) cómo se prosigue.

Intercomunicador 1: Señorita, esto no es la Ley y el Orden. Ud. está aquí como testigo de un hecho. Sólo le tenemos que hacer unas preguntas. ¿Conoce Ud. a la víctima? No es tan difícil la pregunta.

Carola: Mire voz divina que no tiene rostro. Ud., me está preguntando muchas cosas al mismo tiempo, si estoy enojada, si me implica, si la conocía....Y me doy cuenta cuales son sus intenciones. ¡Me quiere confundir!. Quiere aprovechar que estoy en shock para culparme de un asesinato que no cometí. Pero le comento que para su información NO. No la conocía porque no se ni quién ni qué era es cosa. ¿Está contenta ahora?

Intercomunicador 1: Disculpe un momento, por favor.

Carola hace un gesto de fastidio.

Intercomunicador 1: Señora, quédese quieta. Y siga las instrucciones a continuación.

Carola sigue delante de la mesa empacada mirando para todos lados. De repente, por una gran puerta giratoria aparece un grabador berreta de los años ochenta.

Intercomunicador 1: Señora, por favor recoja el adminículo y apóyelo delante suyo en la mesa.

Carola (*obedeciendo*): Mucho misterio todo esto señorita, pero ya le dije que no voy a hablar hasta que se comunique con mi abogado. (*Por el grabador*) Listo. Ya está.

Intercomunicador 1: Por favor, coloque sus dos manos sobre la mesa para que podamos verlas.

Carola ofrece sus manos con desdén

Intercomunicador 1: Muy bien, agradecemos su colaboración. Por favor, presione la tecla roja situada a su derecha con el dedo índice de la mano derecha. Hágalo con presión lombrosiana, por favor.

Carola: Listo, ya está. Ya le dije que voy a colaborar. No se de qué me habla de Lombroso ¿el positivista? Ahí esta andando el bendito cassette. ¿Ya puedo hablar con mi abogado? ¿me podrían alcanzar un teléfono?

Intercomunicador 2: (*Una voz nueva un poco más áspera*) Entrevista a Carola Peralta Ramos. Noche del suceso sin identificar. Mar del Plata. 12 de diciembre de 1992. 2. 45 am.

Silencio

Intercomunicador 2: Carola Peralta Ramos, entonces, Ud. se siente implicada en un crimen. ¿Esto es así?

Carola: Sí. Bueno no, no me siento implicada. Lo estoy. Lo estoy (*irónica*) señorita-no-se-como se llama. Por qué no me hace una pregunta coherente. ¿No estudian Uds.? ¿De donde salieron? Cómo no me preguntan algo con un mínimo de sentido. Yo le podría hacer un relato. Señorita. Un re- la- to. ¡Con lo que me gustan los relatos! Y pensar que es-

tán pasado de moda. Implicada, qué estupidez....si ni saben poner un grabador. Esto no anda señora. (*mira el grabador*) No está dando vueltas, le digo.

Intercomunicador 2: Deje el grabador tranquilo y describa el cuerpo.

Carola: los muertos me impresionan. Me cuesta, no quiero.

Intercomunicador 2: Mire señorita, la tarea es sencilla. Ud. nos comunica que vió. Dónde, y cómo fue que Ud. se encontraba allí. ¿Vive cerca? ¿Por qué refiere a la Academia de Criminalística Juan Vucetich? ¿Es ud. familiar de la víctima?

Carola: Tráigame agua, quiere. Hágame el favor. O algo más fuerte me vendía muy bien. Una cerveza, un gin...

Intercomunicador 2: Señora. Conteste.

Carola: Está bien, agua, por favor.

Inmediatamente por la puerta giratoria se ofrece un vaso de agua. Con parcimonia, Carola se vuelve a levantar de su silla y recoge el vaso.

Carola: Ay, ¡qué rapidez! ¡qué eficiencia! ¡MUCHAS GRACIAS!

Intercomunicador 2: señora no se pase de graciosa. Porque le podemos hacer una visita express al establecimiento.

Carola sin beber, relojea el grabador.

Carola: Esto no anda, desde ya le digo.

Intercomunicador 2: Ayúdese. Hable. Del resto, nos encargamos nosotras.

Carola bebe el agua con los ojos cerrados.

Intercomunicador 2: ¿Señorita Peralta? ¿Señorita?

Carola: *(luego de beberse toda el agua)*. Sí. Peralta Ramos. Nieta del mismísimo Patricio.

Intercomunicador 2: ¿Sería Ud. tan amable de contarnos qué vio?

Carola: Sí

Intercomunicador 2: Muy bien. Muchas gracias.

Carola: De nada

Intercomunicador 2: Muy bien...

Carola: Sí.

Intercomunicador: Entonces...

Carola: Bajé por la escalera del lobo marino. Eso. Yo...yo estaba un poco molesta porque no salgo bien en las fotos. Siempre me veo gorda. Pensé en la hipótesis de algún tipo de trastorno alimenticio. Ud., sabe que es muy común en la población de mi edad este tipo de trastornos. Me prometí que no tendría nunca más pudor en la playa, ni rompería las fotos, ni tendría sexo metiendo panza. Y me hice una promesa interior, en ese preciso momento solitario: quitarme la ropa, toda la ropa, ud., me entiende, hasta la interior y sentir la espuma de mar mezclarse con todos mis orificios, ya sabe, desnudarme ahí como prueba de que me aceptaría.

Intercomunicador 2: ajá...

Carola: Estaba un poco oscuro, me descalcé, invoqué a mi Alfonsina querida y me di cuenta que soy una buena poeta, como ella, una poeta que sufre. Entonces caminé y caminé hacia la orilla, y metí una patita. Y me dio frío.

Intercomunicador 2: Entonces Ud., es poeta, artista. Lo consignamos inmediatamente.

Carola: Claro. Pero es una profesión muy hostil. Vivir en estado poético cuesta vida. Por eso. Pasaron horas entre que me metí, pensaba, y escribía poemas sobre la arena, y recordaba a Martí en el Malecón, y cantaba la canción de Alfonsina y retrocedía, y volvía a intentar meterme, y me desprendía de mis lazos en el pelo.

Intercomunicador 2: ¿Cuánto tiempo?

Carola: Ni idea, no es mi campo de dominio el tiempo. Pero lo que sí sé es que finalmente me quité el vestido. Y no me gustó. Y me lo volví a poner asqueada de mi misma. Volví a intentarlo. Me quité el corpiño y la bombacha, y toda desnuda me fui metiendo al agua. No sentía euforia. Era un desafío de confianza. Y nadie me gritó ni me buscó. En ese delirio estético empecé a sentir valor, a unirme con afrodita, yo, una con el mar, una con el universo poético. El experimento empezaba a funcionar, me fui sintiendo despojada de los mandatos con el frío del agua y la luz de la luna. Pero es ahí que volteo hacia atrás, en un momento en que la realidad volvió a mí y diviso un poco, así, lejitos, veo un bulto. Un delfín muerto, supuse. Esas cosas pasan. Y creí que era un presagio. Salí del agua. Me detuve en mi labor de reconocimiento para acercarme a la ofrenda que me traía el grande mar. Fui corriendo a verlo, y en el tránsito dejaba de ser poeta y me convertía e una cronista del diario crónica en los veranos sofocantes de Mar del Plata. Seguro era un bebé delfín que había perdido de su madre. Cuando me voy acercando.... Cuando lo tengo bien cerca...ahí estaba. Veo que no era un delfín...era...era una especie de pantera. Eso. Una pantera negra. Un pantera negra clavada en la arena. Con unos lazos negros como los míos, como los que yo misma me había despojado. Un espanta pájaro de lujo. Perfecta. Me pareció artístico. Una muñeca para mí. La miré un largo rato hasta que algunas gaviotas empezaron acercarse y me reconocí, me reconocí, en esa escultura endurecida que, con los ojos atónitos, me escudriñaba. Porque me miraba. Unas gaviotas inmundas llegaron y empezaron a cantarle la pantera. Intenté espantarlas pero ellas volaban demasiado cerca de mi cabeza sacudida.

Intercomunicador 2: Disculpe, señorita Peralta Ramos. Vamos a callarnos un segundo y a repasar la información. Ud., nos comenta entonces que estaba en la playa intentándose suicidar porque se sentía gorda y ahí ve a la occisa a lo lejos. Una poeta conocida suya disfrazada de pantera. Ahora respóndame esto: ¿Cómo pudo ver de lejos en la noche un cuerpo negro sin identificar?

Carola: No me quería suicidar, aunque ahora que me lo dice, quizá sí. Quizá fui drogada para tener estos sentimientos que no me corresponden. Hay que averiguar detectiva como se llame, es muy extraño, muy curioso este fenómeno. Y yo no dije tampoco que la pantera era una poeta disfrazada. ¿Qué es lo que sugiere? ¿Por qué una pantera usaría mis lazos? ¿Acaso esa era yo misma en un espejo fáunico? Mire, ahora que lo pienso, me desvestí entera y cuando me vi el abultado abdomen me puse a llorar ¿sería eso? quizá tenga razón y me estaba suicidando sin querer. ¡Soy una suicida! ¡Soy una suicida!

Intercomunicador 2: Ud. lo ha dicho. Tiene problemas. La llevaremos a una casa de alienados en Mercedes para que disfrute del aire libre, si así lo desea. Debería mantener controlada esta anorexia tanática que padece.

Carola: Pero yo estoy bien, señora.

Intercomunicador 2: A la puerta, por favor

Carola: *(yendo hacia la puerta)* Era una pantera que dialogaba en silencio o en un dialecto extraño con las gaviotas. Y después una pantera asesina que tenía a su presa bajo sus ropas. Abajo de ella había un cuerpo, señoras, ¡un cuerpo! ¡mi cuerpo!

Intercomunicador 2: ¿Señorita Peralta Ramos. Ud. nos está diciendo que descubrió el cuerpo? ¿Confiesa un cuerpo?

Carola: Y no le digo: ¡es todo muy extraño! ¿serán los espíritus de Alfonsina que mandaron un zoológico hablador para que descubriera un cadáver, qué se yo, uds., son los profesionales. Yo vi una pantera, que tenía un cuerpo, ¡el mío!

Intercomunicador 2: Señora, Ud. fue encontrada envuelta en unas ropas negras...

Carola: ¡Es que tuve que pelear por mi vida! Luché con esa cosa, grité todo lo que pude y ahí fue que me encontraron...

Intercomunicador 2: Está bien. Es suficiente. Está bien. No tiene coartada. La ayudaremos a superar esto. Ahora aguarde.

Testimonio 2. Mariana Gonzalez

Buenos Aires. 16 de septiembre de 1983.

Una cocina amplia, Mariana sentada con las patitas colgando. Revuelve la taza de café con leche para que se enfríe. En el fondo, su abuela está barriendo las hojitas del otoño. El abuelo, Vicente, sentado en una silla de ruedas con una mantita azul sobre la falda inerte, canta al lado la niña:

Vicente: Revuelvo, revuelvo, revuelvo contra vuelvo *(la niña revuelve la taza de café con leche para el lado contrario, mirando siempre la poquita espuma y el humo del calor que se intensifica cada vuelta de cuchara)* Revuelvo, revuelvo, revuelvo, contravuel...

Mariana: *(interrumpe)* Abuelo, ¿vos crees en los fantasmas?

Vicente: Tu abuela no me deja. Pero ahora que no me escucha, te digo que sí, creo. Y en esta casa hay muchos.

Mariana: Ya lo sabía

Vicente: ¿Los viste?

Mariana: Sí, en el sótano ¿querés verlo?

Vicente: No puedo bajar, Marichini

Mariana: Puedo ir yo

Vicente: Es peligroso que bajes sola

Mariana: Acompañame entonces

Vicente: No puedo Marichini, tengo las piernas muy flaquitas para pararme. No me sostienen.

Mariana: A mi no me da más miedo bajar. Aunque los escalones con aire no me gustan.
¿Por qué hiciste escalones con aire, abuelo?

Catalina: Para que no baje nadie Marichini, ni vos, ni yo, ni ningún fantasma. Tomate la leche.

Mariana: *(revuelve la taza)* pero los fantasmas no caminan abuelo. Andan en culo solamente.

Vicente: ¿Cómo en culo? No se dice esa palabrota. En tulo. Se dice, en tulo. ¿Qué hora es Macachini? Mostrale al abuelo cómo aprendiste a leer las agujas.

Ambos se quedan mirando el reloj cucú colgado en el medio de la pared beige

Mariana: Son las...la chiquita está...son las 6

Vicente: muy bien, las 6 y ¿qué más?

Mariana: Las 6 y 4...en un ratito sale la familia de gaviotas cucú.

Vicente: mmmm....mirá bien...la grande está en el cuatro, entonces ¿qué hora es?

Mariana: y 4...

Vicente mira a Mariana

Mariana: *(frustrada)* No se, abuelo. Decime vos.

Vicente: Vagoneta...son las 6 y.... Y....20!

Mariana: las 6 y 20, entonces ya es la hora de gaviotitas cucú y el fantasma en culo

Vicente: ¿qué dijiste?

Mariana: Nada, que es la hora del fantasma en TULO

Vicente: ah, muy bien, no se dicen palabrotas.

Mariana: (*mirando la leche*) ¿querés que dibujemos al fantasma en tulo?

Vicente: No puedo Marinichi, no puedo dibujar más porque tengo los dedos muy flaquitos

Mariana: ¿y que tiene? ¡los lápices no pesan nada!

Vicente: ¡Sí que pesan! ¡Son muy pesados! Mi deditos flacuchos ya no puede sostener ni quisiera un lápiz. ¿Podés creer? Pero sabes qué pasa, vos sos una niñita muy fuerte y vas dibujar todo lo que quieras con lápices gigantes. Pero para eso... tenés que tomarte la leche.

Mariana: es que está caliente.

Vicente: Entonces...(*canta*) revuelvo, revuelvo, revuelvo contra vuelvo...

Mariana: Abuelito, ¿por qué los fantasmas andan en tulo?

Vicente: No se hija, ¿estás segura que era un fantasma y no era el tío?

Mariana: Me desperté con hambre y cuando abrí la heladera vi al fantasma en tulo

Vicente: ¿adentro de la heladera?

Mariana: Noooo, no entendés nada, abuelito.

Vicente: Ay, qué viejo zonzo...

Mariana: estaba en el patio y se metió en la casa, cuando me vio se tapo el pitulín pero ¡andaba en tulo!

Vicente: No puede ser, hijita

Mariana: Sí, era igual al cuadro grande que está en el living pero se movía rapidito. Se escuendía. A mi me dio miedo que andaba en tulo y me metí en la cama otra vez. Pero sabes abuelo, tenía el pelito largo.

Vicente: ¿largo como?

Mariana: como una mujer

Vicente: ¿y lo viste muchas veces?

Mariana: No, solo ese día. Está enterrado en mi habitación

Vicente: Marichini, no me hagas reír, querés. En tu habitación no hay nadie enterrado.

Mariana: sí que hay. Está el tío Juan Carlos con pelito largo.

Vicente: No, mijita. El tío no se murió. Se mudó, MU-DÓ que es distinto. Significa que ya no vive acá pero vive en otra casa.

Mariana: Está en mi pieza abuelo, te lo juro.

Aparece la abuela Catalina con cara de compungida, una escoba en una mano, el teléfono inalámbrico blanco percutido en la otra.

Catalina: Acaba de llamar Lydia. Que Juan Carlos hace dos días que no vuelve a la casa. Está muy alterada. Para que llame acá...

Vicente: ¿Y por qué no llamo antes?

Catalina: Dice que no quería molestartos, pero viste como es...

Mariana: Está en mi habitación, abuela. Enterrado y con pelito largo. Y en cu...

Catalina: ¿qué decís mijita? ¿Cuándo vino que no lo oí? (a Vicente) ¿Qué dice esta chica, enterrado?

Vicente: No le des bolilla, Catalina.

Mariana: Está abajo del piso de mi pieza, Abuela. Si abris la puertita del piso, se ve.

Catalina: Te dije que, ¿qué cosa? *(Con tono pedagógico)* ¡que no se abre la puerta del sótano! *(Señala a Vicente)* Ese fuiste vos, Vicente. El que le enseña a no llevarme el apunte. No se de dónde saca estas cosas la nena.

Vicente: *(a Catalina)* ¿Qué te dijo Lydia? ¿donde está Juan Carlos?

Catalina: Que se fue a tomar unas cervezas con el Gordo y no volvió nunca más. Estuvo en el bar de Santa Fe y Callao. El jueves. A las 12 de la noche el Gordo ya estaba en su casa y Juan Carlos, en cambio, parece que nunca volvió. Le dijo que quería ir al cine pero no se sabe más nada.

Mariana: Vino a enterrarse al sótano, abuela. Créeme.

Vicente: Se habrá ido de putas. Qué sinverguenza. Ya va a volver.

Catalina: ¡La nena!

Vicente: *(a la niña)* ¿qué dijo el abuelo?

Mariana: que el tío se fue de Tulas.

Vicente le sonrío a la niña.

Mariana: Pero está acá. No se fue de Tulas.

Vicente: En serio Catalina, no hay que alarmarse porque un hombre no pasa dos noches en su casa.

Catalina: Callate, Vicente. Haceme el favor. ¿Por qué dice que está enterrado?

Catalina busca entre unos papeles del modular de la cocina, donde se encuentra la base del teléfono, agenda y otros papeles.

Catalina: Voy a hablar con al bar a ver si lo vieron...

Vicente: Qué van a saber esa manga de...

Catalina: Yo tenía el teléfono anotado en algún lado... ¡Acá está!

La niña se le sube a la silla de ruedas a para darle abrazos suaves a su abuelo.

Catalina: *(Marca el teléfono)*. No me puedo quedar de brazos cruzados, Vicente. *(Al teléfono)* Hola, sí. Disculpe, estoy buscando a mi hijo. Juan Carlos Peralta Ramos. Aparentemente el jueves fue ahí pero no sabemos nada de él desde hace dos días, señorita. Se llama Juan Carlos Peralta Ramos. ¿Me entiende? Uds... ¿Pero no tienen algún tipo de registro de las personas que transcurren?...

Mariana y Vicente se dicen secretos y hacen mimos

Vicente: *(interrumpiendo)* ¡qué van a tener! ¿Qué decís, Lydia?

Catalina: *(en el teléfono, alzando un poco más la voz para oír)* Ah...claro, claro. Comprendo, muchacho. Sí, sí, entiendo. Pero...bueno...bueno... quizá lo conocía porque es muy habitué, sabe...no, claro, está bien, gracias querido, está bien, entiendo... Hasta...Hasta luego, gracias, gracias, chau, chau. *(Corta)*. No, claro, que Lydia ya llamó treinta veces. Qué van a saber. Voy a llamar a la policía. *(Se sienta en el lugar del café con leche sin terminar y sin soltar la escoba)* ¿cómo es el número? ¿112? ¿113?

Mariana: *(arriba de Vicente)* esa es la señora de la hora.

Vicente: Quédate tranquila, Catalina. Ya va a volver. *(Le da más besitos a la niña)* Se fue de juerga, debe estar borracho en algún lado.

Catalina: *(a la niña)* Tomate la leche, vos. Vení para acá y no molestes al abuelo que lo podes lastimar. *(A Vicente)* ¿Llamo a los hospitales entonces?

Mariana: *(al oído de Vicente)* Contale, Abu. Contale del tulo.

Vicente hace un gesto para que le niña mantenga el silencio

Catalina: *(con el auricular en el oído)* que me cuentes qué

Mariana: Abuela, el tío anda en tulito.

Catalina:.. No me atienden. ¿111? Pero dios me libre y me guarde, a ver, querida. ¿Qué decís?

Mariana se zafa de la silla de ruedas y se para frente a la abuela.

Mariana: ¡Que lo ví!

Catalina: A ver, hija. ¿Dónde? ¿A donde viste al tío Juan Carlos?

Mariana: Lo vi en culo anoche

Catalina: ¿pero qué decís? Vicente, ¿vino Juan Carlos borracho a casa?

Mariana ágil sale corriendo a su pieza

Vicente: Yo no lo vi. Si sabés que duermo como un tronco. Parece que se levantó a la madrugada con hambre. Y ahí dice que lo vio.

Catalina: Esta chica come como un basurero. Cenó tres milanesas con puré ¿cómo es que se despierta con hambre, Vicente?

Mariana: *(desde su habitación)* ¡¡¡¡¡Veni abuelaaaa!!!!

Abuela se levanta de la silla

Vicente: Y yo que se...

Catalina: No te hagas el sota, vos. Mirá. ¡¡¡¡Marichini, vení para acá, no salgas así disparada que me tenés que ayudar con el abuelo!!!!

La niña vuelve y con dificultad saca la silla de ruedas un poco empujada de la mesa. Choca las patas y vuelca un poco de leche.

Catalina: Pucha, me cacho en diez. (Agarra la taza y toma un sorbo) Vamos. Después yo limpio todo.

Salen los tres a la habitación de Mariana. En la habitación, Abuela, Vicente y Mariana miran una tapa en el piso.

Catalina: A ver hija, qué decís.

Mariana: hay que levantar la tapa. Está ahí. Te juro.

Catalina: Imposible. Esa tapa no se levanta hace años. ¿No es cierto, Vicente, que esa tapa está prohibida? Hija, contale a la abuela dónde decís que viste al tío.

Mariana: Anda en Tulo por acá.

Catalina: acá no puede estar el tío, sabés hijita. Nos hubiera avisado que quería volver a su casa. Porque esta también es su casa, ¿sabías eso? Y antes de que esté tu camita acá, estaba la del tío Juan Carlos, con sus posters de todo el mundo como le gustaban a él. Le encantaba viajar. Amaba los idiomas. ¡Cómo habla italiano el tío! ¿Sabías eso? ¿Que el tío habla muy bien italiano? Porque tuvo una educación bilingüe, fue a la escuela italiana y sabe muchas cosas de ramos generales y el mundo.

Vicente: demasiadas cosas sabe ese...

Mariana: Abuela...

Suena el teléfono.

Vicente: Ahí está. Apareció

Catalina: Espera mijita (*Atiende*) ¿Hola? Decime Lydia ¿Hola Lydia? Lydia, no te escucho. Bendito teléfono. Hola. Hola. Se cortó. (*Volviendo a la niña*) Hija, acá no hay nada. Y no vamos a bajar al sótano, somos unos viejos ¿y si me rompo la cadera, después, quién los cuida a ustedes dos?

Vicente: Es cierto, Marichinii, sin la abuela no podemos hacer nada. Le llega pasar algo a ella y nosotros dos, mirá. Yo a un geriátrico y vos...no se qué es mejor, si tu madre o un orfanato. ¡Marichini, si a la abuelita la pasa algo terminamos en las cárceles!

Catalina: ¡Vicente! ¡Pero por el amor de Dios! No le metas esas ideas a la nena. Nadie va a ir ningún lado, y somos una familia numerosa. Déjate de hinchar.

Abuela llama por teléfono a Lydia.

Catalina: Ocupado.

Mariana: ¡Quiero bajar! ¡Soy un príncipe valiente! ¡Quiero bajar!

Vicente: Déjala Catalina. Abrí la tapa. Abrísela y que baje. No le va a pasar nada. Son unas escaleras nomas.

Catalina: No la voy a dejar sola. Lo único que me falta es perder a un hijo y una nieta.

Vicente: No seas exagerada. No perdiste a nadie. A los sumo perdiste sentirte como una verdadera mujer, Catalina, y eso es mi culpa. No se cómo me aguantas.

Catalina: Vicente, por favor. No empecemos con la manibela.

Vicente: Es cierto, lo único que perdiste es un buen hombre que te haga sentir placer, como cuando éramos jóvenes ¿Te acordás como sonreías antes? Nunca me lo voy a perdonar. No te merecías esto, Catita. Pero guárdatelo en la cabeza, a tu hijo y a tu nieta no los perdiste. Están acá y en tu corazón para siempre. Igual que vos en el mío. Te amo Ca-

talina. Cuando por fin me muera, vas a estar más aliviada, te podes ir con un pendejo que te haga sentir bien. Yo desde el cielo voy a estar feliz por vos y la nena.

Mariana: Abuelo no te vas a ir al cielo. Te van a enterrar como al tío.

Catalina: Vicente, no es momento para dramas románticos. Ubicate un poquito que estamos hablando de cosas importantes.

Mariana: Sí, porque el tío quiere decirte algo abuela, pero no se anima.

Catalina: Vení nena. Vamos a buscar al tío afuera. Abajo no puede haber nada. NI siquiera es un sótano, es un cacho de tierra. ¿sabés qué?. Vamos a dar una vuelta en el auto, me ayudas a abrir el garaje y vamos a tomar un helado al centro y ¡a los hospitales! ¿Qué te parece Marichini? ¿Vamos a dar una vueltita en el auto, con lo que te gusta abrir el techo, pisar el nuevo tapizado del Renault y asomarte con la lengua afuera como un perrito? ¿Qué te parece? ¿Y así buscamos al tío? Jugamos a los príncipe valiente en el auto?

Mariana: ¿qué decís abuela? Quiero jugar en el sótano. ¡Como un príncipe valiente! Y después también quiero jugar a los príncipes valientes en el Renault a caballito del abuelo.

Vicente: A mi déjenme. Yo me arreglo. Me quedo solo.

Catalina: Nadie dijo eso, Vicente.

Mariana: Queremos bajar, abuela.

Catalina: *(resignada)* Está bien. Pero vos y vas sola, príncipe valiente, Y un segundito. Vas y venis.

Mariana: *(celebra dando saltitos)* ¡siiiiiiii, si, si, si!

La abuela se pone de rodillas e intenta levantar la tapa de madera. La niña sigue correteando alrededor festejando su triunfo.

Catalina: ¿Por qué me hacen esto ahora? Marichini, la abuela está preocupada, muy preocupada. No sabe donde está su hijito. ¿Vos sabes lo que significa eso? ¿No querés a la abuelita vos?

Mariana: *(Se detiene)* Claro que la quiero a la abuelita. Muchiiiiisimo.

Catalina: ¿Entonces? Anda tráeme un cuchillo para hacer palanca.

La Mariana sale contenta. Catalina se seca el sudor de la frente.

Vicente: Déjala que juegue un poco. Yo la miro desde acá. Anda vos con esa preocupación a otro lado, aireate que yo puedo cuidarla un rato. No va a pasar nada. Anda aireate con el auto. Desde que tenéis el chiche nuevo del teléfono no lo soltáis para nada.

Catalina: estoy preocupada, Vicente. *(Agarra el teléfono, le sube la antena y marca redial)* Vos tendrás la sangre helada, no se qué te pasa, pero te recuerdo que es nuestro hijo, nuestro único hijo. ¿Hola? Hola Lydia, sí se cortó y luego ya me daba ocupado. ¿alguna novedad? ¿llamaste a la policía, a los hospitales? ¿a todos? Y por qué no te miras la agenda a ver si tiene algún...ah ya lo hiciste, claro, claro, me imagino. Disculpame. Claro, no, no. Te entiendo hijita. Y perdoname pero... te hago una pregunta privada.... uds.,... ¿estaban bien? ¿Habían peleado o algo?. Nada. No, sí, es lo que me imaginaba. Pero qué raro...che... decime Lydia, a vos te molestaría si voy a tu casa en el auto y salimos a buscarlo, preguntar, pegar carteles, que se yo. O vamos a la comisaría juntas. No se, ¿qué te parece? Vos decime, no hay inconveniente, decime qué te parece lo mejor por que yo ya me estoy amargando, encima acá la nena que dice que lo vio...¿Con Vicente? ¿querés hablar con Vicente? Si hija, claro. Chaucito querida, te busco en rato. Ya te paso a buscar, un abrazo, querida. Un abrazo, ahí te lo paso...

Catalina le hace señas a Vicente que Lydia quiere hablar con él, éste pone cara de sorpresa y luego la abuela le sostiene el auricular para que hable.

Vicente: Hola Lydia. Decime. *(Pausa)*. No tengo idea, querida. *(Pausa)*. Por supuesto. *(Pausa)* Si, Lydia. Contas con nosotros. Por supuesto. Claro, hija. Conmigo y todos mis contactos, por supuesto. Pero se debe haber ido de juerga, Lydia....está bien, está bien. Ya está, disculpame. Hasta luego *(Corta)*

Catalina: ¿qué quería?

Vicente: Me preguntó si yo no sabía nada. ¿Mirá que voy a saber algo yo? Esta mujer es una revirada... Juan Carlos va a aparecer con un gato nuevo, escucha lo que te digo, seguro la está dejando a ésta, Catalina.

Suena el cucú de la cocina. Vuelve la niña con el cuchillo

Mariana: ¡abuela! *(La mira con cara de sádica con el cuchillo)* ¡mirá lo que tengo!

Catalina: ¡Querida! Me vas a hacer enojar, trae eso para acá que es peligroso. Si te cortas un dedo después tenemos que ir al hospital a que te cosan como un fiambre. *(Agarra el cuchillo)* Y a ver si terminamos con esto que me tiene cansada.

Vicente: *(a Mariana)* Vas a ir y venir. Un segundo. Vas a bajar sola y yo te miro desde acá. Añares que no hacemos esto.

Abuela levanta la tapa del sótano. Hace un gran estruendo.

Mariana: wauuuuu

Catalina: ¡ufff qué olor! *(Chocándose las manos para limpiarse)* ¡qué humedad! pfff

La Mariana ansiosa, salta en el lugar.

Mariana: ¿puedo? ¿Puedo? ¿Puedo? Abuela, ¿puedo?

Vicente: UY UY UY, debe estar el hombre de la bolsa ahí abajo.

Mariana: No me asusta, lero lero, no me asusta abuelito zonzo.

Abuela se levanta

Catalina: Esperate un poquito. *(A Vicente)* Me voy a sacar el auto, vos mirala. ahora ven-go. Escuchame marichini. En tres minutos te quiero acá de vuelta. Vas y venis. ¿Estamos? ¿Prometido?

Mariana: sí abuelita. ¿no querés ver al tío enterrado conmigo?.

Catalina: pues no. Prefiero salir un poco, la abuelita es pata de perro. Le gusta salir a la calle a saber la verdad de todo este asunto.

Vicente: No seas cobarde, Catalina. Quedate un segundo. Mira si la nena después no puede subir. ¿Qué hago yo? ¿te llamo por teléfono? ¿a donde?

Catalina: *(hasthada)* ¡como están! ¡los dos! No ven que estoy con el Jesús en la boca y me vienen a decir que está el fantasma desnudo ahí enterrado. ¿Como no voy a estar afligida? Más que afligida, alterada, Vicente. Muy alterada, a ver si nos entendemos.

Vicente intenta agarrarla de la mano para hacerle un mimo. La niña se queda estupefacta mirándolos. Abuela intenta recibir el cariño de su esposo, pero se refriega las manos en su ropa sin advertir el desdén que provoca.

Mariana: No tengas miedo abuelita. No va a pasar nada.

Catalina: A ver, haceme el favor. Anda. Despacio. Que acá estos dos viejos te estamos mirando.

Mariana se acerca al hueco.

Catalina: Andá sentada. Sentante. Sentante en el escalón y bajá. ¡Con el culo en el piso, Marichini!

Mariana se sienta en la punta del hueco con los pies colgando hacia abajo.

Mariana: *(mirándolos desde abajo)* Abuela...no se ve un pomo.

Catalina: Y claro que no se ve ni mierda si estamos tan gagá que no somos capaces de prenderte la luz. Quizá esta quemada Marichini y ahí si que no hay chances. No vas a bajar en las penumbras con esas escaleras del terror que mandó hacer tu abuelo cuando tenía unos muslos duros y me llevaba alzada. El abuelo hacía cañones ahí. De bronce, los lustraba, tenía máquinas y se pasaba horas y horas con su cañones en miniatura. Vicente ha perdido esa afición. Ni siquiera es capaz de observar algunas mínimas necesidades *(Se acerca a la tecla de luz junto a la puerta)* Esperemos que funcione. Marichini, rezá.

Mariana: *(junta las manitos en súplica)* por fis por fis

Vicente: las lamparillas de antes no se quemaban....

Catalina: *(prende)* ¿Y?

Mariana sentada en el hueco con los pies colgados. Silencio.

Vicente: ¿Y?

Abuela se acerca al hueco.

Mariana: *(asomándose)* me parece que un cachito anda

Catalina: ¿cómo un cachito? Esto anda o no, no hay medias tintas

Vicente: dale tiempo...

Mariana: ¡ahí prende, abuelita! ¡Ahí prende!

Del hueco sale un haz de luz muy tenue color amarillo

Catalina: Bue, será de dios. Baje mi niña. Baje que la miramos desde acá. Vaya y venga rapidito. Pero tranquila, a ver si te caes. Anda despacio que te miramos.

Mariana: sí, abuela. Allá voy.

Vicente: sos un encanto, Catita.

Mariana: ¿me miras abuelo?

Vicente: sí, hijita. Sí.

Los abuelos se asoman al hueco mientras la niña desaparece.

Mariana: ay qué miedo, abuelitos.

Vicente: ahora, ajo y agua. A joderse y aguantarse.

Mariana: los escalones son muy altos, abu.

Vicente: Quería ser el príncipe valiente, pues sin chistar entonces.

Los abuelos miran para abajo. La niña desaparece.

Catalina: (A Vicente) Todavía no se por qué le damos todos los caprichos. Y en el peor momento. Se tiene que frustrar un poco esta chica. ¿Como estás Marianichii? ¿Ves algo?

Mariana: está un poco oscuro...

Vicente: Sabes muy bien porqué la consentimos, Catita. No es fácil ser esta criaturita. Con esa madre que le tocó, para no darle los gustos...

Catalina: Háblame nena. ¿Ves algo? ¿Vos decís que hay algo de Juan Carlos ahí?

Silencio

Catalina: Nena...

Vicente: Marinichi, contestale a la abuela

Los abuelos se miran

Catalina: No es gracioso,

Vicente: ¡Nena!

Catalina: Mariana Gonzalez, conteste ahora.

Vicente: ¿donde estás nena? ¿Qué encontraste?

Catalina: *(a Vicente)* me pone impaciente. Que responda ya mismo antes de que cuente cinco por que sino..

Mariana: ¡que no se! ¡No se ve nada todavía abuela...todavía no...

Catalina: Bueno, listo. Ya está, volvé. Agarrate fuerte de la baranda y volvé. No estas cumpliendo nada de nada la promesa. Vamos arriba. Sino te cierro y te quedas ahí abajo, eh. Mirá que cierro.

Mariana: Es que no encuentro al tío...

Se escucha a la niña revolviendo cosas en el sótano. Latas de clavos, herramientas, cajas.

Catalina: Ese sótano debe tener más de un siglo.

Mariana: *(con tono de hacer fuerza)* ¡¡¡Yo ví que venía a escuenderse acáaaa!!!

Vicente: puedes encontrar las ropas negras de la abuela cuando era joven, que eran de mi mamita....

Catalina: eso no puede estar ahí, Vicente.

Vicente: sí, están. Yo las guardé con otros trajes de la colección. Eran nuestras épocas doradas, Catita. ¿Te acordas? ¿Te acordás las cosas que hacíamos ahí abajo?

Se escucha que se cae una estantería

Catalina: ¡Nena! ¡¡¡Nena!!! ¿Estas bien, tesoro? (A Vicente) Voy a bajar.

Mariana: si...

Vicente: Volvé nena. Ya está

Mariana: acá está ¡Son ropas de mujer, abuela! ¡El tío anda con ropa de mujer! ¡Lo encontré!

Vicente: Trae el traje que te cuento una historia.

Mariana: ¡lo encontré! ¡Vieron! ¡¿O no que lo encontré abuela!?

Testimonio 3. Marcia Funes

La Plata, 27 de noviembre de 2005

Oficina pequeña al fondo del Arboretum del Jardín Botánico. “Zona de archivo de plantas y sucesos de interacción animal” dice un cartel pegado con cinta de obra. Tras los vidrios se ve la sombra de Mar Funes, su tez oscura brilla con la luz de una lamparilla de 60 watts, a su lado dos mujeres toman fotos y revuelven entre biblioratos.

Mar Funes: No sabría decir cuando le vi la última vez. Incluso no sabría decirles si era la misma persona. Teníamos cosas en común que ya no existen. Yo me quedé acá. Ella dejó de venir.

Daniela: *(Mientras mira una serie de fotos)* ¿Y cómo llegaron estas cajas acá?

Mar Funes: Ella me pidió que las guardara. Nunca las abrí, hasta hace unos días. Entonces hablé con la Señora Lydia, allá en la isla, pensando que quizás podía decirme qué hacer. Y entonces me dijo que las llamara. A mí me impresiona ver esto, prefiero tratar con plantas.

Ana: *(A Daniela)* Ayúdame, por favor. Sí, así. Gracias. Fíjate los nombres que aparecen, al lado tienen como un número de serie o algo así.

Manipulan las imágenes para tomar fotos del derecho y del revés.

Daniela: Aquí dice: Fam. Androceo. 1/5 ref. 53- 477 Jardines. ¿Familia?

Mar Funes: Generalmente usamos “Androceo” para hablar de los órganos masculinos de una flor, pero es para plantas no para humanos o animales.

Ana: *(Decidida)* ¿Quizás estas referencias podrías cruzarlas con tu archivo aquí?

Mar Funes asiente con la cabeza

Ana: Evidentemente a alguien le interesaba marcar ciertas características sexuales...
(Mira cómplice a Daniela)

Daniela: En esta foto dice Familia B. Balcarce ¿Te dice algo?

Mar Funes: Claro, son todos nombres de familias de por acá. Es decir no como la mía claro, las nuestras no son familias, somos habitantes nomás *(se ríe suave con picardía en los ojos, con una sonrisa amplia que da confianza)* paisanos, empleados. Estas que están ahí son Las Familias. No se en qué andaría La Diablo... *(Se interrumpe. Levanta la vista y la fija en la ventana)* así le decíamos a Mariana.

Ana: ¿Cómo se conocieron?

Mar Funes: ¿Con la Diablo?

Ana: Sí.

Mar Funes: Y... de chicas, en la casa grande.

Mar Funes señala hacia afuera

Daniela: ¿En el museo?

Mar Funes: Bueno, no estaba el museo, esa era la casa familiar, pero como si fuera. Mi madre lavaba ahí.

Ana: ¿La letra puede ser de ella? ¿Quizás hizo estas anotaciones detrás?

Mar Funes: Nah. No es su letra. Fijate, esto esta escrito hace más de un siglo, no sólo por la tinta sino la caligrafía, ¿ves? Toda letra muy dibujada diría mi vieja.

Daniela: ¿Tu madre siempre trabajó para los Balcarce?

Mar Funes: Bueno, de alguna manera todos trabajamos para las casas grandes de la ciudad, aún hoy. Eulalia Funes, mi madre, trabajaba para los abuelos maternos de la Diablo, los Balcarce, entre otras familias.

Ana: ¿y tu padre?

Mar Funes: Paradero desconocido.

Daniela: Decías que se conocían de chicas...

Mar Funes: Nos conocimos en la sala de espera del dentista. Aunque compartíamos aula, eso, como sabrán, no significa que fuéramos a la misma escuela. A mi me dolían las muelas de leche, a ella le ponían los frenillos para arreglarle los dientes de adelante. Yo iba un año adelantada, no por una particular perspicacia intelectual sino porque me habían anotado mal. En el dentista hablábamos, era como Suiza ese lugar, neutral. En la escuela, pública, las elites mantenían su estatus: sus guardapolvos eran más blancos, más nuevos. *(Se ríe a carcajadas con su ocurrencia)*

Daniela: Ese día que trajo las cajas, ¿Dijo algo especial?

Mar Funes: No. Garchamos ahí *(señala hacia los árboles de plátanos)* y acabamos acá *(se pone de pie y se apoya sobre las cajas que las escritoras han estado revisando)*

Ana: *(sorprendida por la declaración)* ¿Y eso era normal? ¿Se veían seguido?

Mar Funes: No.

Daniela: ¿Pero no te llamó la atención, entonces?

Mar Funes: No. Me ilusioné. Pero no me pareció nada raro.

Ana: ¿Hacia cuanto que tenían una relación amorosa?

Mar Funes: No teníamos nada.

Ana: ¿Entonces?

Mar Funes: No lo sé. ¿El erotismo de las clases bajas? *(Se ríe otra vez mientras comienza a guardar las fotos con cuidado)* ¿Se las llevarán?

Ana: ¿A las cajas?

Mar Funes: Sí.

Daniela: ¿Podrías seguir resguardándolas acá un poco más? *(A Ana)* Ahora no podemos llevarlas.

Mar Funes: Claro. *(Distraída comienza a cerrar las cajas sin mucha pericia)*

Ana: ¿Como definirías la relación que tenían?

Mar Funes: Ya lo dije. Odontológica.

Las escritoras se quedan mirándola, con las fotos en la mano, atentas. Mar apila unas cajas y desocupa una silla, se sienta, se agarra las manos en un gesto delicado que no concide con su cuerpo. Ana se impacienta y va directo hacia una cocinita que parece de juguete.

Ana: *(Mientras pone la pava a calentar sin mediar palabra, ante la mirada embobada de las otras dos)* Hago unos mates.

Mar Funes: *(Asiente y sigue)* Mi madre podía pagar el mejor odontólogo de la ciudad porque también lavaba en lo del Dr. Bengorrea que la tenía anotada como secretaria para que mi vieja tuviera mutual. Las muelas son huesos. Se rompen si se curan mal. Una asciende socialmente pero de cualquier manera tiene las muelas rotas. Entonces difícilmente podríamos hablarnos en el patio de la escuela, nos mirábamos eso sí, especialmente cuando ella volvía de alguna ausencia larga. *(Se para en seco como si hubiera cometido un error)*

Daniela: ¿Faltaba mucho a clase?

Ana: Daniela, por favor...

Mar Funes: No pasa nada, sí. Por temporadas la mandaban a Buenos Aires a casa de sus abuelos paternos. Las faltas corren de otra manera si tu familia pinta el colegio todos los años.

(Todas ríen cómplices)

Mar Funes: *(se relaja)* Cuchichear en la sala de espera o coger entre los archivos del Plantarium eso es más lo nuestro *(se sonríe con ternura y afirma)* No hubo nada extraño. Sólo que ahora tenemos una relación botánica, de archivo.

Ana: *(Curiosa)* ¿Y la señora Lydia?

Mar Funes: Bueno ella sabe todo. Me llamó preguntando por la Diablo. Le conté de las cajas. Se puso nerviosa porque no podía venir a ver qué tenían. Las abrí y le fui describiendo todo. Me pidió que la espere en el teléfono. Escuché que se tiraba al río. Volvió y me dijo con voz ronca: "Querida llama a este teléfono urgente" Y las llamé.

Las escritoras esperan que continúe. Daniela saca una libretita y comienza a tomar notas. Mar Funes abre el primer cajón del escritorio, y saca una imagen un poco más grande y

se la pasa a las escritoras. Daniela agarra el mate y Ana se pone de pie y extiende la fotografía sobre el escritorio mientras hace lugar con la otra mano entre las cajas.

Daniela: *(pasando el mate a Mar)* Tomá

Mar Funes: *(Toma)* Todo es una cuestión de retículas. Según con cuál mires la imagen es cómo podrán ver la historia. Yo no les puedo ofrecer otra cosa. No estaba ahí. Pero conozco cómo se realizó ese traje *(Golpeteando la imagen con el dedo índice)* Todas esas telas que hacían parecer a las personas levitar para siempre en otro tiempo...

Ana: *(Señalando en la imagen a Daniela)* Ella parece una aparición.

Daniela: A ver...

Ana: Acercate, dale

Daniela se levanta. Mira la foto detenidamente.

Mar Funes: *(Abriendo otra caja)* Los vestidos y las casas venían con instrucciones para armar

Ana: ¿Cómo es eso?

Mar Funes: *(Abre un álbum que ha sacado de una caja un poco más destartada)* Esta, por ejemplo, es de como hacer un jardín, y este álbum trae los diseños de los vestidos y la referencia de las telas. Si te fijás incluye también los disfraces de carnaval. *(Se inclinan las tres a mirar una especie de álbum de hojas grandes y amarillentas con modelos para armar)* La familia paterna de La Diabla se dedicaba a eso.

Ana: ¿A hacer catálogos?

Mar Funes: Más bien a importar y distribuir las telas y los catálogos de casas, manicmios, bosques y jardines.

Daniela queda boquiabierta. Se queda pensando en cómo se hace un bosque por catálogo.

Daniela: Una vida de catálogo, me siento como un decorado...

Mar Funes: Un figurante, quieres decir, me parece.

Daniela: Claro. Eso.

Ana se acerca a la ventana y mira las hojas de los árboles como permanecen inquietas en la penumbra de la tarde.

Daniela: Es como si las fotos y las anotaciones siguieran esta misma lógica de referencias, mira (*a Mar*) Acá hay un vestido con la referencia B112, y en la foto donde aparece esta mujer, dice Fam. Hermafrodita. 3/5 Ref. B112. ¿Ves? Es un catálogo que incluye la norma modelo y su variante morfológica degenerada, digamos.

Ana: (*Volviendo a la mesa con resolución*) Sugiero que revisemos las fotos familiares junto con estos catálogos. ¿Las casas tiene referencias?

Mar Funes: No hace falta, podemos salir y se las señalo, están todas en pie. Pero sí, tienen.

Daniela: ¿Todas las casas de este catálogo?

Mar Funes: Sí, estamos en una de ellas. En su jardín, particularmente. La institución borra los lazos familiares y de clase. Pero acá estamos.

Ana: ¿Cuál es?

Mar Funes: (*Revolviendo entre las cajas, saca otro catálogo*) Esta. La casa Anzúa. Sobre lo que fue el cementerio de esclavos e indios. Aquí al lado estuvo la última reducción y la capilla de Indios. El abono es ancestral.

Daniela: Tu familia es de acá, decías, ¿no?

Mar Funes: Sí. Lo más probable que estemos pisando sobre sus huesos. Mi abuela contaba que la trajeron a trabajar a las casas. Decía así en plural siempre “A las casas”, incluso cuando se refería a nuestra propia casa: “vamos para las casas” Creo que seguramente era algo de la lengua o algo de la memoria.

Ana: ¿Trabajaba en la casa Balcarce también?

Mar Funes: No, no. A ella la trajeron y la metieron en lo de Imbellini. Ahí nació mi madre, también. En la misma casa. *(Busca en una pila de cajas separadas, al fondo, al lado de la garrafa de la cocinita)* Esta. Y este... *(Revuelve entre los cajones de un archivero viejo. Y saca con cuidado algo envuelto en papel manteca)* Este es su cráneo.

Daniela: *(Estupefacta)* ¿Qué?

Ana: Pero... *(Intentando controlar la emoción)*

Mar Funes: Sí. El craneo de mi abuela.

Daniela: No entiendo.

Ana: *(Imperativa, casi retándola a punto de gritarle)* ¿Por qué tenés su cabeza acá?

Mar Funes: Su cráneo, no su cabeza *(A Ana como tranquilizándola)*. Lo robé. *(Se sienta entre la garrafa y la pila de cajas con el cráneo en la mano)* Bueno *(Habla rápido mirando el cráneo, sin conectores como si no pudiera hacerse con las palabras)* la Diablo me hizo el favor. En una fiesta. Esas de alta sociedad. Entro al despacho de Imbellini y sacó el cráneo de mi abuela. Los demás huesos creemos que están en los sótanos. No he podido aún localizarlos.

Daniela: Creo que mi pregunta resultará casi estúpida, pero ¿Porque el dueño de la casa donde trabajaba tu abuela tendría su cadáver en su despacho?

Mar Funes: Osamenta...

Daniela: Perdón...

El silencio se desparrama con espesura, la luz brilla más entre las cajas.

Ana: ¿Cómo era el apellido de tu abuela?

Mar Funes: Paz. Sí, ridículo. Paz, pero suena lindo *(Se sonríe, queda pensativa y sigue)* En nombre de la ciencia, por supuesto. Este hombre se dedicaba a la Psiquiatría forense, y creyó ver una deformación característica de “pueblos primitivos” bajo la hermosa cabellera de mi abuela. Marcia Paz. Yo llevo su nombre. *(Saca con delicadeza el papel que envuelve el cráneo y lo apoya bajo la luz en el escritorio. Todas se asoman a verlo de cerca. Mar Funes le acaricia suavemente)*

Daniela: No veo ninguna deformación.

Ana: Esto es muy conmovedor, aunque no sé ni lo que digo.

Daniela estira la mano al encuentro de la cintura de Ana, que se apoya por un ratito.

Silencio

Ana: *(A Daniela)* No existe la tal deformación es una teoría del positivismo biologicista.

Daniela se acerca a la calavera, se inclina para mirarla a la altura de los ojos, de frente. Se toca la frente, la nuca y los lóbulos a la vez sin dejar de observarla, como si se mirara un espejo. Cierra los ojos por un momento. Se levanta y acerca una silla para estar mas cerca. Se apoya con un codo en la mesa y mira a Mar y Daniela que se han quedado observándola. Ana baja unas cajas de la mesa, hace espacio para la pava y le pasa el mate a Mar.

Mar Funes: Marcia se enfermó, esto implicó internación y mi madre no tenía en ese momento más recursos que su propio trabajo diario y un tendal de hermanos y una hija que cuidar, así que aceptó la ayuda del patrón. Un día nos repartió entre las casas y acompañó a Marcia en el auto del Dr. hasta el hospital. *(Saca más papeles de una caja sobre el archivero viejo y los va mostrando, todas miran y leen)* Aquí está el cuerpo documental de

la cabeza de Marcia, hay entrevistas, pruebas, mediciones, dibujos y luego claro, tratamiento del cuerpo post mortem, y demás.

Ana y Daniela tocan los papeles con delicadeza. Mar Funes mira la cabeza de Marcia sobre su escritorio. La calavera parece tomar vida, parecen cuatro amigas atareadas en la mesa.

Daniela: ¿Nunca pensaste en enterrarla?

Mar Funes: Mi mamá admiraba las bibliotecas. Esa fijación hizo que a cualquier precio ella insistiera que yo tenía que estar rodeada de textos. No quiso nunca que yo lavara, así que la seguía en silencio y me encargaba del jardín o del polvo de los libros de la biblioteca del despacho. Entre las 6 y a las 9 desayunaba con los hijos de Imbellini, pan con dulce de ciruela y café con leche, ellos partían a sus clases de arte y yo a la escuela. Me acostumbre a compartir los días sabiendo que Marcia estaba cerca.

Daniela: ¿La Diablo sabía todo esto?

Mar Funes: No lo sé. Seguramente sí. *(Vuelve a guardar con delicadeza el cráneo en una caja)* Pero lo más probable que como me pasaba a mí, lo teníamos totalmente naturalizado. No sabíamos que decíamos cuando decíamos cadáveres, y menos aún qué significaban las acciones de algunos hombres con los que convivíamos.

Daniela abre el cajón del archivero para ayudar a Mar.

Ana: Una especie de ceguera.

Mar Funes: Entumecimiento, más bien. Por eso estudié Antropología, finalmente le agarré cariño a los huesos. *(Cierra el cajón suavemente y con dificultad)*

Daniela: O quizás demasiado para procesar...

Ana comienza a guardar en las cajas las fotografías, los catálogos y los papeles con pericia quirúrgica.

Mar Funes: *(A Ana)* Gracias. *(A Daniela)* Sí, por eso me refugie acá. Las plantas procesan el estrés de una manera particular, ante el shock se recojen sobre si mismas y luego pasan a la fase de resistencia, mueven sus raíces hacia la profundidad donde hay más agua y priorizan las vías de sustento a los frutos y a la floración.

Testimonio 4. Cecilia Martorelli

Turín, 5 de Julio de 2017

Las dos escritoras, Ana y Daniela, se encuentran con Cecilia, en el hall del Museo de Criminología Cesare Lombroso. Un museo pequeño en un edificio macizo de tres plantas y escaleras de mármol. Hace mucho calor en Turin. Cecilia está vestida con una formalidad excesiva para ser empleada pública y habla con evidente acento extranjero. Las mujeres, en cambio, están muy desalineadas. Ana tiene una pollera decolorada y una remera de manga corta. Daniela, un short de jean, una musculosa de morley blanca, y una gorra con visera a flores que no se la quita en ningún momento. Sudan, van cargadas, con una cámara de fotos grande y una mochila deportiva.

Cecilia: Lo siento, pero a esta hora el archivo está chiuso. Las esperaba a las 11 de la mañana *(mira su reloj de pulsera que marca las tres menos cuarto)*. Lo siento. Las espero mañana a primera hora de la mañana.

Daniela: Se nos demoró el vuelo. Y nos perdimos un poco en la ciudad. ¡Qué caldo!

Ana: Sí disculpe, no sabíamos cómo llegar. Pensamos que la casa que alquilamos estaba más cerca.

Cecilia: Está bien. Lo siento por Uds., ¿Pueden decirme de qué se trata su investigación?

Daniela: estudiamos los orígenes de la patologización lésbica en Argentina, para restituir a la ficción lo que es de la ficción.

Cecilia: Lo siento, non capito, no puedo comprender.

Daniela: Buscamos cómo las lesbianas se hicieron criminales en nuestro país. La recepción del positivismo en Argentina.

Cecilia camina por el corredor hacia la entrada de la primera sala. Ana le da un codazo a Daniela, juzgando semejante exposición.

Cecilia: Aquí no encontrarán nada de eso. Nada de mujeres latinoamericanas.

Ana: *(Lentamente explica)* Nos gustaría investigar qué pensaba Lombroso de las mujeres en general.

Cecilia: Tenemos una letters de Latinoamérica. Nada específico. No tenemos nada de mujeres. Cartas de Mitro. Y alguna más de Cuba... ¿Creen que podría servirle?

Daniela: ¡sí! ¿Mitro? ¡Mitre! Bartolomé Mitre fue presidente argentino, Emilio Mitre el hijo, diputado que hizo cosas terribles también. *(A Ana)* Los de la radio.

Cecilia: Pues bien, ahora les haré un recorrido por el Museo, pero en breve rato cerramos. Y mañana por la mañana pueden visitar archivo. Con carta de Mitro. *(Avanza unos pasos)*. Ud. puede tomar fotografías, pero no puede publicarlas. Tenemos un material muy sensible. La gente no puede tomar fotos aquí. Uds., porque pertenecen a esa investigación. ¿Cual es el nombre de su institución? ¿Universidad?

Ana: Somos artistas.

Daniela: Escritoras

Ana: Tenemos una beca.

Daniela: Una ayuda

Ana: sí, que es una beca

Daniela: sí, pero la investigación surgió del trabajo en distintos archivos. Iniciamos uno en el Arboretum de La Universidad Nacional de La Plata y ahora estamos con esta otra investigación que...

Cecilia: ¿Arboretum? Quizá deberían ir aquí al lado que es el Museo de la Fruta.

Ana y Daniela: ¡No!

Daniela: O bueno, también. Pero queremos estar aquí justo donde estamos.

Ana: En realidad llegamos al Arboretum de La Facultad de Ciencias Naturales por Lydia y los catálogos de ropas, casas, jardines y el hallazgo de una cabeza. Pero eso ya está terminado. La beca de ahora es sobre la recepción del positivismo...

Daniela: De un cráneo. Fue por el cráneo de Marcia, una indígena que llegó a la ciudad de La Plata andando a pie.

Ana: Sí, eso. Por el cráneo de Marcia. Pero en rigor estudiamos los modos de exposición de los Museos de Ciencias Naturales.

Cecilia: Ok ¿Pero vienen de argentina? Uds., en su correo decían que eran investigadoras que venían de Argentina.

Ana: si, yo soy de La Plata. Ella es de Salta.

Daniela: Pero vivimos en Barcelona.

Ana: en realidad estamos exiliadas.

Daniela: Y tenemos una beca de Estados Unidos.

Daniela la lanza una mirada fulminante.

Cecilia: ¿La Plata? Tenemos algo de La Plata aquí, Mar de La Plata, un archivo de fotografías de prostitutas de Mar de La Plata.

Ana: ¡Mar del Plata! Sí, esa es otra ciudad.

Cecilia: Camon.

Cecilia camina hacia la primera sala del Museo. Las otras la siguen detrás.

Daniela: *(Hablandole a Cecilia quien la ignora completamente)* Mar del Plata tiene playa. La Plata no tiene salida al mar, fue una ciudad diseñada a priori bajo criterios higienistas y exterminio racial.

Ana: *(Tratando de ofrecerle apoyo a su compañera)* En su último libro, ella trabajó bastante sobre La Plata, aunque no la conozca.

Daniela: bueno, sí la conocí un poco cuando me llevaste.

Se miran y se sonríen.

Ana: *(a Daniela)* ¡Amor, tienen fotos de prostitutas de Mar del Plata!

Cecilia se detiene frente a la gigantografía de Cesare Lombroso, acompañado de un texto curatorial.

Cecilia: ¿Comenzamos entonces?

Las otras afirman con la cabeza entusiastas.

Cecilia: El señor Lombroso investigaba cuál es el límite, la diferencia, entre ser un genio y un loco. Todo lo que aquí encontrarán es resultado de esa gran premisa.

Daniela: Ahhhhh

Ana: *(toma fotografías)* ahhhh

Cecilia: Una búsqueda por separar el genio del loco. Italia había muchísima criminalidad en la época y él estaba ocupado en reducirla. *(Pasan otros visitantes tomando fotos)* *Mi scusi, signore. Non puoi fotografare qui, c'è il manifesto (Vuelve a las mujeres).* Podemos pasar a la siguiente sala de instrumentos.

Las tres mujeres caminan hacia la siguiente sala. Es muy pequeña y tiene una iluminación amarilla y puntual sobre los objetos. Hay una vitrina con una serie de instrumentos de

medición, cámara fotográficas, pinzas, medidor de cráneos, etc. Y una voz que habla en italiano.

Cecilia: El museo fue inaugurado en 2010, luego de ocho años de clasificación del material. Lombroso era un científico de la Universidad de Torino, quien ha financiado siempre todas las investigaciones. El museo ha costado mucho menos que cualquier otro. Doce euros el metro cuadrado, cuando lo habitual es veinticuatro euro.

Daniela: ¿qué es eso?

Cecilia: Un instrumento para medir la fuerza de la mano criminal. Se hacían pruebas para observar la fuerza de los dedos, y según los resultados que se dibujan en esta cinta detectaba si era un criminal nato o un criminal resultado de la sociedad.

Daniela: ¡Qué fascinante! (*a Ana que saca fotos*). La mano lesbiana, ¿es la mano lesbiana!

Cecilia: La voz que escuchan es la de un actor que lee los textos del propio Lombroso. Los textos que Uds., deseen pudo enviárselos por e-mail. Pero no comprendo que dice, señora.

Daniela: Nosotras podemos enviarle los archivos de criminología de 1905 en Argentina, una publicación dirigida por el señor José Ingenieros. Allí Lombroso publicó en castellano el texto "Mi museo criminal", que ha inspirado en gran parte nuestro libro. En ese número también aparece el primer texto sobre lesbianismo en Argentina. (*la mira Ana con cara de pedir disculpas*). Lo escribió un señor llamado Víctor Mercante, también positivista. ¿Lo conoce?

Cecilia: Mi museo Criminal es un texto anterior. Y se ha traducido a muchos idiomas. Se publicó en la época de la donna criminale. El director del museo está en este momento trabajando sobre eso precisamente.

Ana: (*a Daniela*): La donna criminale ¿es la mujer criminal?

Daniela: Sí

Ana: ¿pero no dijo que no tiene nada de mujeres?

Avanzan un poco más a otra sala del museo que está atiborrada de cráneos expuestos.

Ana: *(tomando fotografías de manera compulsiva)* esto es igual que el museo de Ciencias Naturales de La Plata, igual que mi escuela. Estas vitrinas son las mismas.

Daniela: ¿y estos cuerpos a quienes pertenecen?

Cecilia: ehhh....son personas en prisión, hospicios, hospitales, delincuentes en general. Pero ese esqueleto que ven ahí es el propio de Cesare Lombroso.

Ana y Daniela: ¡¡¡WAU!!!!

Daniela saca fotos compulsivamente

Cecilia: Era muy habitual donar el cuerpo a la ciencia en esta época. Y Lombroso dejó escrito que su cuerpo sería igual que cualquier otro que él mismo haya investigado....

Daniela: ¿este es el testamento?

Cecilia: Una copia, ciertamente.

Ana: No se entiende nada.

Ana sigue tomando fotos.

Daniela: ¿Y estas cabezas, de que están hechas?

Ana: ¡Cráneos!

Daniela: Pero si son cabezas, boluda.

Cecilia: Son reproducciones en cera. Aquí tiene instrumentos que usaban los ladrones de la época, rateros y ladrones de guante blanco.

Daniela: *(llamando a Ana)* ¡Mirá, mirá! ¡Sacá foto de esto! Sacaban joyas de las vidrieras sin que nadie se diera cuenta con estas tijeras como forceps: ¡extensiones de la mano perversa!

Ana se acerca y toma algunas fotos un poco ida.

Cecilia: Y los cuadros que ven arriba era parte de su archivo personal. Allí está la donna pelosa, la mujer peluda, también encuentran a la dona avelenatore, envenenadora, la prostituta, la tríbada...

Daniela: ¡la donna pelosa! ¡Qué hermosa es! ¿Quién dibujó esto? Mira, amor... sacá fotos de ahí... ¡¡¡Ahí está la tríbada!!!

Ana se le acerca al oído a Daniela mientras, mientras Cecilia avanza rápido hacia la otra sala.

Ana: Esta señora dice que no tiene nada de mujeres, nada de argentina, nada de lesbianas y ahora resulta que tiene un cuadro colgado de la tríbada y carta de Mitre. Me está jodiendo...

Daniela: Son conservadores, mi amor. Nos habla sólo por corrección política, pero ¡nos está vigilando!

Ana: Ya me quiero ir. No puedo más del calor.

Ana avanza hasta Cecilia que las espera frente a otra vitrina.

Cecilia: Las investigaciones de Lombroso de los tatoos es muy conocida, para él cada dibujo tiene un significado preciso. Las mujeres no están incluidas aquí. En las próximas salas pueden encontrar la única exposición en el mundo de arte del alienado, hemos querido darle valor a las piezas de los locos. Todas las expresiones de los alienados de la época están aquí. Más de 500 jarras cincelado. Y un traje hecho por un alienado.

Daniela: A verlo...

Cecilia camina hacia el traje. Atrás Daniela entusiasta y Ana que casi ya no toma fotos y arrastra los pies.

Cecilia: Esto es lo último ya. Es muy tarde. Quedan dos salas que mañana pueden visitar totalmente gratuito por ser investigadoras. También pueden ir al Museo de La Fruta y al Museo de Anatomía. Mañana por la mañana dejaré dicho que Uds. irán a la visita.

Daniela: Pero ¿no podemos ir al archivo? ¿hoy? ¿un ratito?

Ana: Ya la oíste, no seas pesada...

Cecilia: Es muy tarde. Pero... podría hacer una excepción por Uds. Debo consultarlo antes. Acompáñeme al subsuelo. No puedo prometer nada. Pero vayamos al subsuelo.

Daniela: ¡¡¡¡Muchas gracias!!!

Daniela mira a Ana que está completamente agotada y a Cecilia que con una seriedad espasmódica camina hacia las escaleras. Bajan en silencio. Cecilia busca una llave. Abre una puerta de madera.

Cecilia: Esperarme aquí, por favor.

Daniela: No nos dijo nada de la historia del cráneo del tipo del sur. Lo tienen expuesto en la reproducción del despacho de Lombroso, en el escritorio, aunque le hayan hecho un plebiscito para cerrar el museo por ese bendito cráneo europeo.

Ana: ¿y qué querés que te diga? ¿Somos una mierda, vengan a ver toda nuestra mierda? ¿nuestra mierda sale la mitad de precio que las otras mierdas?

Daniela: Amor, ¿quieres ir? ¿y yo me quedo?

Vuelve Cecilia. Ana le devuelve un gesto de resignación.

Daniela: Comentábamos la historia del cráneo que se disputan la gente del Sur. De Italia del Sur.

Cecilia: Si, es un verdadero problema. Ellos quieren cerrar el Museo, porque dicen que Lombroso era un racista. Pero entiendan que en su época la criminalidad era un verdadero problema, había 15 mil asesinos sueltos y ahora hay sólo 7 mil, con mucha más población. Efectivamente, Lombroso erró en su teoría y nosotros explicamos en la exhibición expresamente que la existencia del opérculo occipital no es prueba de la inferioridad de los italianos del sur o en general de los delincuentes natos. Este es un problema político antiguo de Italia. Del Norte y el Sur.

Ana: Claro...claro...

Cecilia: Lo siento. Pero el director me ha dicho que sólo tenemos 15 minutos para mirar las cartas ahora. La de Mitro, y recordé una otra...

Daniela: Muchas gracias, Cecilia. Molta Grazie.

Ana: Sí, gracias.

Cecilia, Daniela y Ana ingresan a una pequeña sala con una mesa en medio y unos armarios de metal pintado de gris sintético y unas manijas plateadas. Una computadora encendida, las espera.

Cecilia: Tenemos las cartas digitalizadas. Las originales no los podemos mostrar para resguardar su conservación. Pero aquí las tenemos todas.

Cecilia pone en el buscador de la computadora la palabra: Mitro

Cecilia: Aquí está la de Mitro.

Ana y Daniela miran fijo la computadora.

Ana: Pareciera que firma Bartolomé. ¡Qué buchón! Bartolomé Mitre.

Daniela: (*explicándole a Cecilia*) Aparentemente se trata de una carta de Bartolomé Mitre, Mitre, con E. Un presidente argentino, una familia que aún tiene mucho poder en nuestro país.

Deja la computadora y se va en busca de cajas

Cecilia: Es muy probable. Lombroso fue una personalidad muy influyente. Puedo buscar la otra...no recuerdo exactamente el nombre... creo yo...venía con una foto...Si no recuerdo mal estaba con las fotos de las mujeres de Mar de La Plata, o con los álbumes de las casa de alienados. ¿Les interesa eso? ¿Fotos de arquitectura rural?

Daniela: ¡Sí!

Apoyando las cajas sobre la mesa

Cecilia: De instituciones de Latinoamérica. Solo arquitectura. ¿Les interesa seguro? Sino pasamos directo las mujeres.

Ana hace un gesto de indiferencia

Daniela: ¡sí, sí, nos interesa! (a Ana) Deben ser las fotos de la creación de los pabellones de Melchor Romero. ¡O pueden ser los catálogos como exportaban los Peralta Ramos ¿te acordás?

Ana: O de los experimentos con locos a puertas abiertas, Open Door, o el Borda, o el millón de manicomios que hay, Daniela.

Cecilia: Aquí están los álbumes, como comento, pura arquitectura. *(separa álbumes macizos de una serie de fotografías desordenadas)* Y por aquí, las fotos de las mujeres.

Ana y Daniela abren los ojos grandes, se miran.

Cecilia: Tenemos el archivo fotográfico no catalogado aún, ni digitalizado, hay una serie de prostitutas de ahí, de La Plata.

Daniela: De Mar del Plata...donde hay playa...

Cecilia: Cierto. Mar de La Plata. Es toda correspondencia que le llegaba a Lombroso desde sus países. Aquí están en una fiesta de disfraces, parece...

Cecilia quita de la carpeta transparente una foto pequeña sin catalogar



Daniela: ¡es la misma foto que nos mostró Mar Funes! Mira, Ana, ¿te acordás? ¿Cuando fuimos a lo de Mar que nos mostró la misma misma foto?

Ana: Me suena, si. Pero no se si era la misma. No puede ser la misma.

Daniela: ¡qué fuerte!

Ana: Increíble. Pero no es la misma

Daniela: ¡que sí! ¡es idéntica! Solo más chiquita. *(a Cecilia que la ignora)* Esta era una práctica común en las aristocracias. ¿ve que tienen las caras pintadas de negro? Se hacían Black Face las familias patricias luego de las masacres a indios y negros esclavizados. En las escuelas aún enseñan a pintarnos la cara de negro con carbón, igual que en esta foto.

Cecilia: Interesante. En el dorso hay un nombre. Con su permiso *(mira detrás de la foto)*. Imbellini. Éste el nombre de la persona que envía la carta. Es ilegible prácticamente. En italiano, por supuesto.

Daniela: ¡Imbillini! ¡Peralta Ramos! ¡Mitre! ¡Están todos! Hasta quizá tengan la osamenta de la pobre Marcia...

Testimonio 5. La Señora Lydia

Tigre, 2/2/2002

El calor está suspendido como los mosquitos. La Sra. Lydia yace en una reposera de plástico de colores brillantes. Una sombrilla roja le da reparo del sol y un ventilador le ahuyenta los bichos. Una mesita de tres patas de hierro y mármol sostiene la jarra de limonada y el Rhon. Una mujer joven en shorts y camiseta larga con un bambie dibujado está inflando una pileta de plástico, tiene toda la extensión del plástico entre sus manos y su boca, sus dedos son más grandes de lo normal y sus manos parecen hinchadas como las de las mujeres que trabajan en la zafra, con la punta de los dedos ásperos y los nudillos rasgados.

La Sra. Lydia: *(Grita con su voz ronca para que la escuche)* ¡Nena!

Mariana levanta la vista. Lydia cruza el césped con paso firme arrastrando la reposera más cerca. Mariana relojea las sandalias con taco desprendidas que Lydia revolea pero no deja de soplar con todas sus fuerzas. Lydia se sienta, cruza las piernas y la mira en silencio. Tiene los ojos delineados de negro y pestañas postizas. Lleva un cinturón con una M grande de bijuterie de buena calidad. Top de cuero.

La Sra. Lydia: Querida.

La Diablo: *(Como si diera una orden)* No lo sé.

La Sra. Lydia: *(Ignorándola)* Quizás podrías encontrar la manera de... *(Se interrumpe y se distrae con algo más. Se levanta como si fuera a dar un discurso, pero se sienta y vuelve a empezar)* Pensaba que no todo tiene un orden. Es más, el orden es un invento. Ahora estás acá, bueno allá en esa casa del demonio, escondida. Es un orden heredado.

La Diablo: Herencia... ¡Cómo nos levantamos hoy!

La Sra. Lydia: Te ponés pesada. Sí, herencia. Pero sabés qué es lo que te digo. Por ejemplo, toda clasificación está llena de intermitencias. Una de esas intermitencias sos vos, otra yo. *(Toca con delicadeza pero con una especie de desdén el vaso mientras mueve los dedos y se lo ofrece a la Diablo que lo rechaza con un gesto y sigue soplando)*

La Diablo: JA.

Silencio. La Diabla lanza al aire la pileta cuál fuera un barrilete. La pileta cae y rebota tontamente.

La Diabla: ¡Listo! Ya está. ¿Que te parece tati?

La Sra. Lydia: ¡Ah! ¡Me exasperás!

La Diabla: *(Agarra el vaso de la mano de Lydia, se toma un trago)* No puedo decir la verdad porque esperan un relato coherente y continuo, y no hay nada de eso.

La Sra. Lydia: *(Grita)* ¡Pero es lo que te estoy diciendo! ¡Que vayas por los baches! ¡Me cago en Lenin!

La Diabla: Bueh...*(patea un poco la pileta para acomodarla, satisfecha con la tarea realizada)*

La Sra. Lydia: ¿Acaso no me decís siempre que la clasificación es un acto de ficción?

La Diabla: *(Mientras se aleja en busca de una manguera)* Sí.

La Sra. Lydia: *(Grita)* ¿Que al nombrar lo mismo con diferentes nombres aparecen cosas nuevas?

La Diabla: *(Volviendo)* Sí.

La Sra. Lydia: ¿Y que si dejáramos en suspenso toda la clasificación heredada por un momento veríamos aparecer otro mundo?

La Diabla: *(Comienza a llenar la pileta)* Sí.

La Sra. Lydia: ¿Entonces?

La Diabla: No lo sé.

La Sra. Lydia: ¡AH! ¡Lesbiana bruta!

La Diabla: *(Le sonríe con cariño)* Puta impertinente. En ese mundo, ella aparece y muere. ¿Entendés?

La Sra. Lydia: Sí. Pero hay un testigo. ¡Un testigo! ¡Voy a llamar yo!

La Diabla: Serías un falso testigo.

La Sra. Lydia: ¡Pero testigo al fin!

La Diabla se queda pensativa. La señora Lydia se impacienta.

La Sra. Lydia: Sería sencillo, mirame. LLamo por teléfono, les digo que ese día estaba sentada fuera de casa, en la Isla. Que hubo una fiesta y que de repente tirada en el cesped veo salir del río a tres sombras, lo que primero pienso es que era la serpiente guerrera querandí. Pero como eran tres pues asumo que eran sirenas quizás. En definitiva tres bultos negros. Uno de ellos llevaba cola.

La Diabla: *(se ríe imaginando la situación, mientras riega la pileta con convicción)* Sos capaz...

La Sra. Lydia: Por supuesto. Sé dónde está esa cola.

La Diabla: ¿Por qué ahora?

La Sra. Lydia: Porque hay un cuerpo

La Diabla: Je. Y por tus llamadas telefónicas

La Sra. Lydia: ¿Viste? Compulsión analógica, le digo

La Diabla: *(Se mete en la pileta para mojarse los pies, se tira agua sobre las piernas musculosas, doradas por el sol y peludas.. Lydia la mira.)* Hay varios cuerpos Tati... Puedo hacer una declaración, pero no creo que eche luz a nada

La Sra. Lydia: La luz está sobrestimada, Diablo. Preparanos algo fuerte, dale

La Diablo: Yo no tomo.

La Sra. Lydia: Yo sí y vos también. Segunda puerta a la derecha tercer cajón. Hay mucho bicho ahora, vamos para adentro.

La Diablo sale de la pileta, cruza el jardín ágil y se mete en la casita de madera. Por detrás va la Sra. Lydia, camina segura y recto como un camionero, en el camino levanta al gato que ha estado durmiendo la siesta.

La Sra. Lydia: Vamos Michi que te van a llevar en anda a vos los moscos por pelotudo.

Adentro La Diablo abre el aparador, saca los vasos. Cuando cierra la puerta se queda mirando la foto de su tío Juan Carlos, es de un día de carnaval, Lydia está vestida de cowboy y Juan Carlos "Coquita" tiene puesta su peluca negra carré y vestida a lo Charleston. Se están riendo, Lydia apunta con un arma plateada en una mano y con la otra le toca una teta a Coquita. Mariana saca la foto, la besa y la vuelve a poner.

La Sra. Lydia: Mira Diablo, ya que estamos en tema, vení ayudame vamos a bajar algo del ropero que te quiero dar hace mucho.

La Diablo: Ahí vamos otra vez...

La Sra. Lydia: Pesadilla, dale. Trae los vasos...llenos.

La casa esta armada con rejunte de otras casas, pilas de papeles, libros, ajos colgando. El ropero está puesto en medio de la sala- escritorio- comedor. En la esquina hay un perchero con vestidos embolsados, un traje verde de lanilla, y dos pelucas, una de pelo largo y lacio y otra de pelo corto con flequillo.

La Diablo: A ver, te ayudo. Tomá, agarra esto

Le pasa los vasos, le ha puesto unos sombrillitas de rayas de copetín y una aceituna.

La Señora Lydia: Un día de estos voy a escribir un recetario de tragos. Hace unos días hice un bloodimery en una fiesta de literatos devenidos periodistas y me salió para el orto. ¡Parecía que se me había caído el acetato cuando me limpiaba las uñas en una salsa de tomate! *(Se ríe a carcajadas tomando de la bombillita, parada en medio de la sala)*

La Diablo: *(Abriendo las puertas del placard de madera pesada y lustrada)* ¿Qué bajo?

La Señora Lydia: Esas bolsas de ahí arriba, la transparente que esta abajo del acolchado y esa cajita de zapatos.

La Diablo: *(Sacándola)* ¿Esto es una caja de sombreros?

La Señora Lydia: Sí, viste que loco. No tiene sombreros me quedé con la caja porque era redonda, divina, me la regaló Coquita. Dejala en la mesa.

Deja la caja sobre la pila de libros de la mesa que parecen hacer una nueva plataforma, un nuevo piso, donde también La Diablo a apoyado su vaso sobre un posavasos que dice Paris. Se saca la musculosa, está toda transpirada.

La Diablo: Prender el ventilador Lydia que nos vas a matar.

La Señora Lydia: *(Mientras se levanta y va a tocarle con dos dedos como si comprobara la densidad de una superficie)* ¡Ay nena! ¡Pero mirá como tenes la espalda magullada!

La Diablo: ¡Lydia, dejá! que me duele... *(La aparta y Lydia se va a prender el ventilador haciendo caras)* No es nada, no te preocupes.

La Señora Lydia: Y ahora andas indocumentada, no entiendo que pretendían robar en la casa Sarmiento. Me preocupa que sea otra cosa.

La Diablo: *(Bajando lo que le pidió la Sra. Lydia)* No. Te digo que fue al azar, habrán entrado a ver qué pescaban y pensaron que yo estaba ahí cuidando, seguro. Por eso me cagaron a piñas y se fueron con mi billetera nomás. ¿Entendes? No te hagas mas historias, por favor.

La Señora Lydia: Ponela ahí en el sillón.

La Diablo pone la bolsa y la cajita en el sillón. Se seca con la remera y toma un trago frente al ventilador, luego se tira al lado de la Sra. Lydia.

La Diablo: Lo que más me gusta de estar acá es el agua esa opaca, marrón, que esconde las conchas de río dulce, como nosotras Tati.

La Señora Lydia: A mi me deja tranquila, la transparencia esa del color esmeralda me pone nerviosa. Acá se queda todo. Marroncito. Barrito.

La Diablo: Te gusta el chiquero...

La Señora Lydia: Me gusta sé, la porquería como decís vos.

La Diablo: ¿Qué me ibas a mostrar?

La Señora Lydia: Ponete la remera y correte, dale, deja de gatearme.

Mariana se pone la remera, sabe que lo que le preocupa a Lydia es que vaya a ensuciar algo de sus recuerdos preciados por sudor o por torpeza. La Sra. Lydia la mira con amor infinito, casi no entendiendo de dónde ha salido esa criatura, quisiera retenerla por siempre ahí entre los brazos confusos de un río que cambia de cauce como de nombre. La Sra Lydia se levanta y abre la caja de sombrero sobre la mesa.

La Señora Lydia: Mirá, quién dice que un cuadrado no entra dentro de un círculo. (Saca una pintura pequeña, parece hecha por una estudiante de artes de primer año) Es Evita. Yo estaba enamorada de una escritora. Aunque ahora dudo de sí yo sabía en ese momento que me gustaba. Sentía un impulso irracional, una necesidad de que me prestara atención. Me enloquecía. Le pinte esto y me fui para su casa, me puse este cinturón con la M de Montonera. Me abrió uno de sus amigos escritores. Ella salió y me dijo: ¿Qué querés? Yo me quedé muda. Bueno, cuando sepas volvé. Y me despachó la muy perra ¿podes creer?

La Diablo: (se muere de risa) ¿Y que pasó?

La Señora Lydia: Volví a casa estaba tu tío Juan Carlos, me metí al cuarto y me puse a llorar como si no hubiera mañana.

La Diabla: ¿Y no te dijo nada?

La Señora Lydia: Bueno después vino con una sopa. Y me consoló. Me dijo que las mujeres eran crueles, que las lesbianas peor, pero que ella me adoraba. Pero claro, me adoraba, me amaba, pero yo quería traka traka y Coquita se perdía por las pijas. Pero a la vez por eso era la única que podían entender el desamor. *(Guarda el cuadro)* Abrí eso *(señala la bolsa de plástico)*

Mariana abre la bolsa y saca lo que parece una tela de raso o tafetán negro.

La Diabla: ¿Qué es esto?

La Señora Lydia: ¿No te acordás?

La Diabla: No sé. *(Se pone de pie y lo extiende, queda cubierta por detrás)*

La Señora Lydia: Era de alguien de la familia, un disfraz de carnaval de esos que venían en los catálogos que importaban los Peralta Ramos...

La Diabla: Estaba en el sótano de la Abuela Catalina...

La Señora Lydia: Tu tío Juan Carlos se lo sacó una vez a tu abuelo Vicente, éramos jóvenes. Íbamos a una fiesta. Supuestamente tus abuelos no iban a estar por acá. Yo me perdí como siempre atrás de alguno que me saciara mi necesidad de adulación y de alcohol. Creo que esa vez pegué un trío. Que no salió muy bien, igual.

La Diabla: Y entonces...

La Señora Lydia: Entonces Coquita se va por ahí con algún chongo vestida de pantera ¡Imaginate! ¡Qué hermosa! ¡escandalosa! Y bueno llega tu abuelo Vicente con las cosas de la pesca a las 4 de la mañana y la ve. No dice nada. Les obliga a desnudarse y le hace

lavar el traje a mano. Ahí donde enchufaste la manguera. Luego se va y le deja solo la peluca, se lleva la ropa. Coquita estaba con el Gordo, uno que trabajaba en cosas indefinidas y muchas veces para tu abuelo. El gordo lo alcanzó hasta la casa pero no hubo caso, lo esperaba con un chumbo. Así que como llegaron se fueron.

Testimonio 6. La escritora Ana
Barcelona, 21 de Julio de 2017

Ana recostada en el pecho de Daniela, en un sofá cama de un salón típicamente catalán.

Ana: *(con los ojos cerrados)* Mis manos están moradas contra el frío de la cabecera de la cama. Mis manos están ahorcadas. Siento el óvulo de los ojos metidos hacia dentro en una oscuridad segura. Puedo por fin imaginar. Tengo la palabra: dinosaurio es la cifra que no requiere explicación. Es la llave del límite. No se donde estás exactamente, pero no tan lejos. Caminas al rededor mío. La mordaza no me deja respirar. Es imposible que pronuncie la complejidad esdrújula. Me bajas la bombacha de un tirón y me la dejas colgando de una pata. Con esa mismo pedazo de tela fútil me atas el pie liberado a la otra punta de la cama. Pienso que deberías haber ido a la ferretería en busca de una soga de nylon suave, fina y roja. Entrenarte en el arte de los nudos. La pierna suelta me la abris al límite de cualquier elongación humana. Ya no pienso en ferreterías. Me debes estar mirando por dentro.

El primer azote es la zona más blanda de mis muslos. No puedo identificar con qué estás golpeando la carne desnuda. Puedo decir dinosaurio. Ni loca. Estoy bajo tierra. Huele a tierra después de la tormenta. Los últimos atisbos de menstruación quieren salir ahora. Estoy humilladamente húmeda. Es un fino chorro que se asoma. Puede que por fin seas testigo de lo que me asquea. No uses la sangre menstrual, por favor. Decidís darme vuelta en el abandono total de mi voluntad, la contorsión podría herirme. Afuera es de día y aquí es de noche. Los vecinos duermen la siesta y no me atrevo a emitir ni un chillido. Vos tampoco. Estoy de espaldas, y vos sos un gigante. Me desatas la pierna para flexionármela nuevamente por detrás junto a las manos entumecidas. Te apiadas de lo violeta de mis dedos. Pendulan mis tres extremidades a mis espaldas. Subís, estiras por detrás y el hilo líquido que camina cosquilleando desde mi cavidad no desaparece con la presencia del temor. Fluye. Me va a doler cuando sueltes ese elástico que reúne tres piezas de este puzzle que llamaron cuerpo. Me va a doler mucho. Largo mi primera exclamación de placer ante el dolor que no se manifiesta. Es la representación del dolor lo que duele. La

imagen de lo que está pasando ahí atrás, entre mi culo, mi pierna y mis dos brazos reunidos con un elástico que ascienden hasta el cielo del peligro. La angustia toma mi garganta. Podría llorar pero no quiero asustarte. Aguanto. Necesito mucho más. Y no puedo pedirlo. Me llevas nuevamente a los lugares cercanos de lo propio. Mientras, pude aflojar la mordaza y respirar sin ahogo. Temo a un peor castigo. Los óvulos oculares siguen demasiado incrustados hacia la zona cerebral que activa la sinestesia. Soy incapaz, por primera vez, de pedirte algo. Y te retiraste. No te vayas. Aunque esta ausencia se vuelve fábrica. La demora, tu distancia, son todas las películas de mujeres asesinadas, son los relatos de las violaciones en los campos de concentración en la dictadura, los femicidios de los noticieros, los cadáveres de jóvenes prostitutas de Mar del Plata. Y ya no te escucho. Te fuiste y me dejaste sola atada con mis remordimientos de fábrica. Te extraño un poco cuando las paredes del cine de mi pecho proyecta terrores. Volviste a sentarte en la punta de la cama. Me acaricias la pierna suelta. Despacio me recorres con algo frío hasta que sin aviso ni lubricante me penetra un gran adminículo incierto. Tu precisión firme es de una contundencia que me destraba las lágrimas. Ahora puedo llorar. No vas a parar. El adminículo tiene pequeñas protuberancias que apenas me rozan las paredes rosadas de mis entrañas. Entrás y salís y sollozo y entrás para quedarte dentro de mi humillación. Me dejás con el gran adminículo contraído para usar tus manos de latigazos. Tus dedos flojos arden. Puedo registrarme completa. Me veo en los ojos del dios ausente con el adminículo enorme abandonado más allá de la entre pierna. Tengo compasión de mi misma hasta que me respiras animal en el oído. Tus brazos salen tentáculos de mi cuello a mis tetas. Me aprietas, con cada mano, con tu fuerza entera, con color púrpura y las soltas para que cada una se quede latiendo sola latán. Me estiras los pezones sujetos y me decís te amo.

Testimonio 7. La escritora Daniela

Buenos Aires, 25 de mayo de 2018.

Daniela, Ana, Mar Funes y Mariana, La diablo, Gonzalez y La Sra. Lydia están sentadas en una mesa entre libros, Fernet, Gin, Coca Cola, computadora, tortilla, masas finas, papeles fotocopiados, una caja de pizza, sandwich de miga: los restos una comida a la canasta.

Mar Funes: *(borracha eufórica)* Yo loca con el bombo me puse a discutir que Mar era madre, la otra madre. *(Se ríe a carcajadas)* ¡Y ya había roto bolsa! *(golpea la mesa)* PUM.

PUM. Armé un escándalo ahí en el quirófano, que Mar era madre, que yo me llamaba Mar y era Madre y nadie entendía un carajo. Me querían sedar, y Mar ridícula con ese gorrito en la cabeza y el cartel de "Papi", gritaba ¡parto humanitario! ¡Uds., nos vendieron parto humanitario! Para esto Lucia ya estaba por salir, yo con contracciones. (*Gesticula con los brazos*) Y como La diablo también se llama Mar, ¡le pusieron un cartelito colgado que decía "Papi"! Le pusieron un delantal de hombre que le quedaba enorme, de esos celestes de hospital, con el culo al aire.

Lydia mira a todos ante esta frase, el resto de los comensales no registran su mirada incisiva. Excepto La Diablo que le sonríe.

La Diablo: (*a Lydia*) Con el tulo al aire, diría el viejo facho.

Mar Funes: ¡Ni me lo nombres! Además de milico, estúpido.

Lydia: ¡Voy yo! Estaba en un taxi. El tipo me hace el cuento, me hablaba muy respetuoso. Me estaba yendo del diario, que estaba laburando una nota de otra prostituta asesinada de Mar del Plata. Entonces me comenta, así con tono muy serio dice que no le gustaba el cuerpo de esas mujeres porque sus pechos eran demasiado exuberantes, que no tenía nada contra ellas ni su trabajo, que siempre que veía a una pidiendo ayuda frenaba el coche, porque muchos tacheros ni las quieren llevar, que el era un buen hombre que le gustaban los pechos modestos. Yo le digo qué que le iba a decir yo que era una tabla. Que no tengo nada de nada. Que ni uso corpiño. Que me gustaban los pechos grandes. Y el tipo me dice que sí, que le disculpe el atrevimiento que según su criterio tenía una dimensión mediana. ¡Pero este me está cargando! ¡Que no! ¡Que no tengo nada! Le digo, ¡Que soy una tabla! Yo creo que se equivoca, señora, dice todo modosito. (*Va levantando el tono*) ¡que no me conoce, que no me vio! entonces, ahí nomás, yo era muy joven (*Se levanta de la silla*). Pumbate. Me levanto la remera y le muestro. Y el tipo, el tipo ¿sabes que hace? ¡Nada! Ni se inmuta. Nada de nada. Peor. Sigue mirando hacia delante. ¡Señor que no ve que no tengo! Y ahí el vivaracho así muy educado me dice pero señora, disculpe no puedo mirar porque estoy manejando, es peligroso. Y como una pelotuda, ¿qué hago? le agarro el brazo y me lo refriego por las tetas. El tipo así educadito me toco las dos tetas, me las apretó, sopesando con un gesto científico. Luego volvió las manos al volante como si nada. Ni se inmutó, me tocó y no dijo nada. Claro, después llego a casa y le cuento a Juan Carlos y ya quería salir en corpiño a tomarse un taxi...

Todas se ríen

Ana: ¡Y nosotras! En Florencia creo que fue...todas enamoradas, ¿te acordás?

Daniela: Ufff...Veníamos de varias ya. No nos servían ni patatines cuando pedíamos unas cervezas, nos miraban en la calle, nos paseaban los colectiveros, claro, nos veían la cara de lesbianas perdidas y nos tomaban para la joda mal. Un día terminamos en un hotel carísimo porque ni alojamiento nos querían dar. Nos hacían el scanner visual, viste, nos miraban de arriba abajo con total impunidad y nos ponían el precio.

Ana: Contales la de Florencia...

Daniela: No, claro. Es que como unas ingenuas buscábamos el eslabón perdido de la lesbiana perversa. Ya hasta habíamos encontrado la conexión de Imbellini con la de tu abuela (*a Mar Funes*), lo de Mitre con las putas de Mar del Plata, y las minas nada. Obsesionadas con la recepción del positivismo. Eso es tu culpa, Lydia. Y lo sabes. Bueno cuestión que una noche, nos vamos caminar por Florencia. Ana no conocía así que yo me hacía la guía turística con esa fascinación de quien muestra los mejores lugares del mundo a la amada. Un tipo tocaba el violín, podes creer, sonaba un violín por el pasaje de la galería del Uffizzi, llegando al río. Era todo perfecto. La luna estaba llena. Nosotras embobadas, a los besos de lengua, viste cuando te miras a los ojos y le agradeces a Dios aunque nunca creíste en nada en toda tu vida, así en un estado de gloria, de psicosis de enamoramiento. En eso, toda enamorada le digo, que la quiero llevar al puente, un puente donde fui hace muchos años con mis viejos y me sentí muy desgraciada por estar tantos años soltera, y prometí con una monedita que volvería con mi amor. Y ahí estaba yo con mi amor, un poco caliente. No me acuerdo si estábamos en pedo, ¿vos te acordás?

Ana: no, creo que no. Solo la embriaguez del momento..

Ana y Daniela se dan un pico

Daniela: Bueno y en esa estábamos en el puente, le estaba contando esto y Ana salta como una ninja en posición de ataque. Nunca la había visto así. Pero hizo un salto mortal con patada voladora y todo. Los turistas que pasaban, tras que no miraban bastante ya de por sí, se detienen en una rueda inmensa y la veo a esta parada en la mitad de la calle en el centro en guardia esperando matar a golpes a uno.

La Diabla: ¿pero había alguien?

Ana: Me pareció ver a unos tipos, o que alguien querían lastimarnos, y me puse karateka.

La Señora Lydia: Ese es el eslabón que les faltaba. Eran uds., mismas las criminales de Lombroso.

Ana: Pero actualizada en el XXI, mi amor.

La Diabla: Mi vieja, el tío y uds., podrían estar escritas en el mismo libro.

